

rácter europeo, los negocios humanos estarían a estas horas bastante peor de lo que están. La moral cristiana, como se la llama, tiene los caracteres de una reacción: es en gran parte una protesta contra el paganismo. Su ideal más bien es negativo que positivo, más bien pasivo que activo; la inocencia antes que la grandeza de espíritu, la abstinencia del mal antes que la persecución enérgica del bien; en sus preceptos, como se ha dicho perfectamente, el *no harás* domina con exceso al *harás*. En su horror a la sensualidad, hace un ídolo del ascetismo, para después encajarlo gradualmente en la legalidad.

Mantiene la esperanza del cielo y el temor del infierno como móviles de una vida virtuosa; es en esto muy inferior a los sabios de la antigüedad, y hace buenamente lo que puede para dar a la moral humana un carácter esencialmente egoísta, separando los sentimientos del deber de cada hombre de los intereses de sus semejantes, excepto cuando el propio interés le obligue a considerarlos. Es esencialmente una doctrina de obediencia pasiva; inculca la sumisión a todas las autoridades constituídas; solamente deberá dejar de ser activa la obediencia a ellas cuando manden lo que la religión prohíbe, pero no debe oponérseles resistencia y mucho menos sublevarse contra ellas, por injustas que sean.

Mientras que en la moral de las mejores naciones paganas los deberes del ciudadano para con el Estado ocupan una extensión desproporcionada y menoscaban la libertad individual, en la moral puramente cristiana esta gran división de nuestros deberes es apenas mencionada o reconocida. En el Korán, no en el Nuevo Testamento, es donde se lee esta máxima: *Un gobernante que designa a un hombre para un empleo, cuando hay en un Estado otro hombre más digno de ocuparlo, peca contra Dios y contra el Estado*. Si la idea de obligación para con el público ha llegado a abrirse camino en la moral moderna, ha sido tomándola, no del cristianismo, sino de los griegos y los romanos. De igual manera, lo que hay en la moral privada de magnanimidad, de elevación de espíritu,

de dignidad personal, y aun pudiera decirse de sentimiento del honor, proviene, no de la parte religiosa, sino de la parte puramente humana de nuestra educación, y no hubiera podido ser jamás el fruto de una doctrina moral que no concede valor más que a la obediencia.

(De John Stuart Mill, *La Libertad*).

De la evolución nacional en la historia

Introducción de la conferencia leída por el doctor Ferraz en nuestro Ateneo el 5 de abril de 1908.

Invitado por esta docta Corporación a dar una conferencia, eligiendo el tema que hubiese de desarrollar ante tan bello y distinguido concurso, confieso francamente que mis dudas y vacilaciones fueron grandes, y de algunos días, sobre si pudiera yo aceptar un compromiso semejante, con ciertas probabilidades de éxito y, dado el caso de atreverme, cómo elegir asunto que no excediese demasiado a mis escasas fuerzas, siempre de suyo débiles y hoy con harta razón disminuídas.

Porque mucho depende—pensaba en medio de mis perplejidades—en estos casos de pública expectación, para obtener un resultado favorable, de acertar, ante todo, con «la materia igual a nuestras fuerzas», como decía un viejo amigo mío, cuando yo era colegial, también, como al mismo se le olvidó decir y digo yo ahora, con permiso de su grato recuerdo, «ajustada al gusto de nuestro auditorio», cuyas racionales simpatías han de correr parejas con la última moda, por decirlo así, en punto a ejercicios literarios, que son los nobles deportes del Ateneo: juegos de habilidad y fuerza, más educadores, por cierto, para la vida moderna en las democracias, que esos torneos medioevales, sea cualquiera su nombre inglés, o su técnica jerigonza, donde siempre resultará la fuerza bruta prevaleciendo sobre lo moral y verdaderamente humano en nosotros, que es el entendimiento.

En vano pretenden ciertos señores, llamados vulgarmente prácticos y positivos, cuando son idealistas sin hacerse cargo de ello, dividir el género humano en dos clases o categorías, a saber: hombres teóricos y hombres prácticos, o dígase, hombres de ideas y hombres de acción.

Porque si acudimos al raciocinio, resulta, en puridad, que no puede darse acción humana o acto voluntario, sin razón o motivo, aun dejándose de la libertad y el libre albedrío, en que yo creo, y cayendo en el ciego determinismo, mecánico y materialista, en que suele creerse por ahí, donde, a falta de otras razonables creencias, se creen imposibles, para matar hambres cerebrales o ver de corregir la anemia mental o espiritual con que atormenta una cultura insuficiente.

¿Ni quién puede querer y determinarse—acciones psíquicas necesarias para la acción física;—quién puede apetecer ni elegir algo, sin conocerlo previamente?... Las famosas *nostalgias* de ciertos poetas ultramarinos, y también cismarinos, y demás gente distraída y de cargazón literaria, no sólo implican absurdo gramatical, o de etimología, sino también torpe y ridículo contrasentido lógico, por cuanto nadie puede desear la *vuelta* a lugares donde jamás estuvo.

El mal de patria y las tristezas de soledad, cosas tan claramente definidas, nada tienen que ver con las vagas aspiraciones a un ideal que jamás puede realizarse; pero que alienta a los racionales en el trabajo de la vida, haciéndoles gozar con las esperanzas de algo mejor, en regiones todavía inaccesibles, y sufrir con las desatinadas groserías de la realidad presente.

Y si atendemos a la historia, entrando ya de lleno en nuestro asunto, los hechos más importantes y trascendentales, los hechos de valor real, por ser verdaderamente educadores para la vida, débense a hombres representativos: porque viven sus ideas, convirtiendo en acción su alto pensamiento, y su hondo sentir, y su querer irresistible.

NOTA DE «EOS»

Uno de los presentes figuró la reunión citada pintando una barba blanca sobre una mesa, frente a un auditorio dormido. Aludiendo a esta pintura, dice *Eremita* en una nota inédita:

Duro se nos hace creer que si el maestro Ferraz acertó con «la materia igual a sus fuerzas», se hubiera tan torpemente equivocado en «ajustarse al gusto de su auditorio» y a sus alcances; pero si así sucedió, la caricatura de marras enalteció al maestro, y colocó a su auditorio en el plano de los que se duermen oyendo las enseñanzas de la historia y las sobrias galas de un decir fácil, elegante y castizo, salpicado con sabrosas alusiones de crítica filosófica y literaria. Quizá fueran éstas las que determinaron—a falta de razones—la caricatura aludida, porque es más fácil hacer reír que hacer pensar, y esconder bajo la máscara del histrión la propia ignorancia, que demostrar con razones la sinrazón de quien ataca las aberraciones de la inteligencia y las extravagancias del gusto.

Y quedó el señor Ferraz curado de conferencias ateneístas, aunque no del empeño de buscar la verdad en la historia, la propiedad en el lenguaje y la belleza en el arte del bien decir, y de fustigar, a veces, y de aludir aguda y constantemente a los malandrines que se creen poetas y literatos, sin poseer la lengua, que es como decir músicos que carecen de instrumento.

Quiera Dios conservarles muchos años aún su vigor físico y su clara inteligencia para bien de la juventud y de las letras.

De todo

Clases sociales—«dirigentes», etc.—siempre existirán. *La diferenciación funcional* es a la vez condición y efecto del progreso. La armonía social es imposible donde no existe división del trabajo, y no puede haber división de trabajo sin diferenciación social. Las revoluciones o reacciones «niveladoras o igualitarias» de las condiciones sociales, son hijas del progreso y contribuyen al progreso en la medida misma en que contribuyen al advenimiento de una *mayor desigualdad funcional*. Esta es su obra positiva o de construcción. Su obra negativa—que es la única que aparece a los ojos de la multitud—se reduce a cortar ciertos abusos o corregir ciertos excesos o desviaciones de la etapa evolutiva anterior. No pueden dichas revoluciones cambiar las leyes de la vida. Como hemos venido, así seguiremos, mejorando.

Esas épocas que los jóvenes ilusos, desconocedores de la historia natural, toman por *épocas de avance huracanado* y de *transformaciones radicales*, son precisamente épocas de descanso o de *parada*. Venía distraída o juguetona la juventud, y no atina a explicarse el sobresalto o sacudida del carro que se detiene o que pierde bruscamente en velocidad.

*

Hay y conviene que haya, diferentes clases sociales; pero no debe haber *predestinación facticia* para el alistamiento de esas clases, porque no poseemos ningún fundamento científico en que basar nuestra elección. Frente a un niño que se muestra normal, nadie tiene hoy derecho o razón para decir: será zapatero, o médico, o simple peón de los campos.

Digo esto para explicar mi desacuerdo con el Rev. Félix Restrepo en la conclusión del notabilísimo escrito del cual reproduciré Eos algunas páginas (V. n.º. 19). Yo no admito como bueno, aunque así lo hayan aceptado las naciones más civilizadas, esto de una *educación práctica* para «los numerosos hijos del pueblo», y una *formación clásica* para «la escogida clase dirigente». Ello es la institución pedagógica de castas, la predestinación facticia. ¿Cómo sabéis si mi hijo ha de ser «pueblo» o «dirigente»?

La buena escuela, de 1.ª. o 2.ª. enseñanza, debe ser, PARA TODOS, práctica—si práctica significa eficaz en la vida—y humanista o clásica—si humanismo significa nutrición de la mente, desarrollo de la inteligencia, perfección del lenguaje.

Y aquí estoy con los revolucionarios: el mejor modo de no estorbar la diferenciación social es el acabar con todas las especializaciones o predestinaciones contra natura.

A unos les preocupa particularmente la guerra a la predestinación facticia, bajo el aspecto económico. A mí me interesa sobre todo bajo su aspecto docente.

*

La perfección del lenguaje: tal ha de ser el fin de la escuela, si ella ha de ser imagen compendiada de la naturaleza misma. Toda la evolución orgánica que conocemos culmina en el hombre, y el hombre es un organismo que habla. Hablar bien es expresar la verdad, reflejar con exactitud la naturaleza.

*

La evolución biológica entera tiende hacia la capacitación para la abstracción. Sentir propiamente, es abstraer. Razonar, es abstraer. Hablar, es abstraer. Cuando digo que el hombre es un organismo que habla, digo que es un organismo capacitado para la abstracción.

*

Dos personas que se entienden bien; que hablan una misma lengua y *dan a sus palabras un valor semejante*, son dos personas que están en el mismo grado de evolución biológica, por diversas que parezcan sus formas orgánicas, en color, estatura, etc.

Sin comunidad de lenguaje, no hay asociación eficaz de esfuerzos.

Y esta comunidad debe ser tanto más perfecta cuanto más elevado sea el objeto de dichos esfuerzos.

La comunidad de lenguaje no se aprecia fonéticamente. Es muy secundario para mí que usted diga *libertad*, *liberté* o *liberty*; lo importante es que nuestro concepto de libertad sea igual o muy parecido. Pero, a falta de otro indicio, la semejanza fonética debe servir para apreciar el grado de parentesco, sobre todo cuando se trata de apreciarlo, no entre individuos aislados, sino entre pueblos enteros.

*

Hay una esfera de sentimientos e ideas que puede ser llamada *esfera del amor sexual*, porque todo, en ella, nace de esta pasión. Fuera de esta esfera, cuyo radio es cientos de veces mayor de lo que se piensa, la palabra amor es siempre o generalmente impropia. En la mayor parte de los casos, es la palabra INTERÉS la que se debe pronunciar, sin que se rebaje con ello el tono del discurso. Hay intereses altos y los hay bajos, y los altos pueden ser algo más que el amor. Fuera de las relaciones sexuales

y sus derivadas, la expresión: «yo le quiero a usted por buen interés,» significa muchísimo más que la habitual «yo le busco por amor.»

*

No sé de Estados que se amen. Sé de intereses que los unen o que debieran unirlos. Entre Estados, es de SOLIDARIDAD de lo que cabe hablar.

Todos los Estados del globo son solidarios. Esto nadie lo duda. Pero no lo son en igual modo. Ahora bien, para medir la solidaridad entre los Estados, el factor principal es la lengua. Por esto creo—es una opinión—que la solidaridad entre Chile o México y Costa Rica es mayor que entre ésta y Estados Unidos, por ejemplo.

Pero—añado ya con cierto desconsuelo—ni Chile ni México ni ningún otro Estado latino ha dado todavía suficientes señales de comprender bien cuáles son sus grandes intereses.

*

Los diplomáticos en uso no reciben de los pueblos su mandato. Lo reciben de los gobiernos. Por encima de las fronteras, los gobiernos se dan las manos, a oscuras las más de las veces; y estas manos son los diplomáticos.

¿Y de quién reciben los gobiernos su mandato? Rarisísimamente de los pueblos. Eligen éstos sus gobiernos, o los soportan, pero sin verdadera responsabilidad. Donde no hay libertad, no hay responsabilidad. ¿Y es libre el niño, o el esclavo de sus pasiones, o quien anda a tientas?

¿Cómo hablar de mandatario legítimo cuando no hay mandante autorizado?

La libertad es la sujeción a la razón impersonal.

Mirando las cosas de lado, sin ahondar mucho, repítase la conocida sentencia de que *cada pueblo tiene el gobierno que se merece....* —Pues señor, podrían responder los pueblos, con palabras muy de nuestros campesinos, *el que no sabe es como el que no ve*: ni merece ni desmerece. No hay en el globo un pueblo que merezca el gobierno que tiene.

*

Se dice de la política como de muchas otras cosas: «No es una ciencia. Aquí no caben principios.»

Que no es ciencia, seguro; pero debemos procurar que lo sea. Y jamás lo será si despreciamos los principios. ¿Podría haberse constituido la química si los hombres de laboratorio hubieran adoptado la regla de no hacer caso de los poquitos de verdad precedentemente adquiridos?

*

Los europeos—cual más, cual menos—han hallado en el alcohol y en el opio dos aliados—aliados traidores, por lo demás—para barrer resistencias en las plazas invadidas. Los estadounidenses encuentran en la América Latina otro aliado: EL PRACTICISMO mal entendido o sea el practicismo anti-intelectual y anti-experimental por esencia.

*

Recordar siempre que se es falible; no confundir los principios—verdades demostrables—con las opiniones; y no aceptar de éstas sino aquellas que menos comprometan la libertad futura de enmendar el yerro, caso de que éste se evidencie: tal es la regla clara a que uno debe aferrarse tanto más cuanto más apremiante parezca la situación.

Preguntemos a cada instante: ¿Será este un callejón sin salida? ¿Podré cambiar de vía o devolverme cuando vea que la luz se hace en mi mente?

No matar. No entregar lo que no nos pertenece. No destruir. Hé ahí normas de conducta que derivan de la anterior consideración.

*

Lo que nunca podrá justificar Alemania es su método de guerra: arrasar, asolar, devastar. ¿Por qué y para qué incendiar la biblioteca de una universidad o derribar una catedral u otro monumento, obras de muchas generaciones, y propiedad de todos los hombres, inclusive los mismos alemanes?

*

Nunca he olvidado una explicación de un maestro de mi juventud, discípulo de Spencer, por lo que ahora comprendo. Después de explicarnos el complejo papel de las religiones en la vida de los hombres, valiéndose para ello de variadas citas históricas, nos dijo un día: «Pues bien, digan que ya saben algo de lo que hace el miedo, porque todas las religiones son hijas del miedo a la muerte.»

Por todas partes he descubierto después los frutos del miedo. En lo que me atañe personalmente, puedo asegurar que todos los desaciertos no atribuibles simplemente a mi ignorancia, debo atribuirselos a algún miedo.

Se discurre a menudo acerca de los milagros de la confianza, o de la esperanza, o de la fe—que salva montañas—, ¿no sería también bueno discurrir igualmente, o mayormente, acerca de los milagros del miedo, que hace posibles las situaciones sociales más aflictivas?

Cuando esté más viejo, y vuelvan las supersticiones a hacer su irrupción en mi cabeza, o se yergan las que hayan quedado en algún rincón agazapadas, el primer dios ante el cual voy a doblarme,—ya lo verán, será el dios del miedo, que es como si dijera todos los dioses, según el maestro citado.

*

«¿Cuánto va de un botón a la flor?»

Pues a mí me parece que entre el acuerdo oficial que hace pagar a los empleados públicos *la deuda del partido* triunfante, y el acuerdo por el cual se les exija posteriormente una adhesión incondicional al Gobierno, hay tanta diferencia como entre un botón y su flor.

En el fondo, el mismo grave defecto de razonamiento por el cual se desprecia al empleado público, considerándolo como un parásito los de abajo, y como un servidor propio los de arriba, cuando en realidad o justicia el empleado debiera ser considerado por todos como un servidor del país.»

(Enero de 1911, durante la Administración de don Ricardo Jiménez.)

*

«Hace mucho tiempo que entró la política en la escuela. Primero le vimos las uñas; luego, en tiempo de la famosa reforma, el cuerpo entero; pero disfrazado. El disfraz se ha venido aligerando después poquito a poco, como vestido de mujer. Lean Uds. hoy en el Diario Oficial los TELEGRAMAS y cartas en que inspectores y directores de escuelas ponen a la «SUPERIORIDAD» administrativa al tanto de «la propaganda a favor de la tributación directa.» Ahí tienen, pues, a los maestros, cual jefes políticos, haciendo a ciegas una propaganda extra-escolar, sin convicción filosófica, sólo por complacer a la «Superioridad.»

«Peor veremos dentro de poco. Mas esperemos que sea el final, pues no hay mal que no acabe por cerrarse a sí mismo el camino.»

(Agosto de 1916, durante la Administración de don Alfredo González.)

El mal se combate con su contrario natural, el bien; la injusticia, con la justicia; el error, con la verdad. Es esta una perogrullada, y sin embargo lo opuesto es lo que se ha sostenido generalmente en Costa Rica durante los dos últimos años.

El mejor servicio que se puede prestar a una mala causa es el de procurarle amigos poniendo contra ella una mala causa mayor.

Mi enemigo es fuerte en la medida misma en que haya verdad o justicia de su lado, o, lo que equivale, en la medida en que haya en su contra error o injusticia.

Si comprendo bien mis intereses, debo, pues, comenzar por reconocer y aceptar—y poner así fuera de combate—la parte de justicia que asiste a mi contrario.

*

Viajaba uno de mis amigos—hace algún tiempo—por Inglaterra, y visitaba, en el país de Gales, las vastas fábricas de M. Crawsay. Con extrañeza notó que un gran número de los ferrocarriles destinados al transporte, entre las fundiciones y las forjas y entre las minas y los canales, estaban contruidos según un viejo sistema demasiado imperfecto, el de los rieles huecos. Preguntó por qué no adoptaban los rieles salientes, haciendo notar que la economía resultante en los gastos de tracción sería suficiente para pagar los gastos de reconstrucción, en dos o tres años, a lo sumo.

—Nada más exacto, respondió el jefe de las forjas; y sin embargo mantenemos nuestros rieles huecos, y los mantendremos indefinidamente, porque, para pasar del sistema viejo al nuevo, sería menester un tiempo de dos o tres años tal vez, y durante el intervalo, no pudiendo nuestros vagones ir a la vez sobre los dos sistemas, nos veríamos obligados a interrumpir nuestra fabricación, a paralizar nuestros capitales y a dejar sin trabajo y sin pan a cincuenta mil obreros. *La dificultad no está más que en la transición, pero no sé cómo se la pueda vencer.*

Lo anterior es copiado de la carta XXXIV de las *Lettres sur l'Amérique du Nord* de M. Chevalier.

Sigo yo:

Sucede lo mismo en toda materia social, y particularmente la política. La dificultad está únicamente en el cambio de rieles; pero es difícilísimo vencerla. Medítenlo mucho Uds. los que constituyen arriba y abajo la inmensa mayoría de las gentes y que proceden, por un egoísmo miope, en busca de comodidades y ventajas inmediatas.

En las fábricas de los hombres, no hay cambio grande que no requiera abnegación, paciencia y esfuerzo tenaz. Pero no hay cambio grande que no debamos intentar tan pronto como se nos demuestre que representa ganancia para lo futuro, sean los que fueren los dolores y pérdidas inevitables del momento.

Hay que replicarle al super-Intendente de Mr. Crawsay y mostrarle la estrechez de su visión. ¿Qué haréis, digámosle, si esta tarde o mañana surge frente a vuestras fábricas una nueva fábrica montada a la moderna? ¿Cómo resistiréis la competencia? ¿Aguardaréis la llegada del rival, para interrumpir vuestra fabricación a fin de implantar la mejora cuyo valor ya reconocéis? No habléis de obreros sin pan, que ello es pronunciar vosotros mismos vuestra acusación. Y pensad que por no desaparecer a medias hoy, desapareceréis mañana enteramente.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

056
e691e
e.R.

EOS



Tomo VIII - Precio: 15 CÉNTIMOS - Cuaderno 119

Administración:
7.ª Avenida, Este, 42
San José, C. R.

EOS

Propietarios:
- Falcó y Borrásé -
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

Disertación de Ruy Barbosa

V

(TERMINA)

En los tiempos presentes, señores, con la internacionalización creciente de los intereses nacionales, con la penetración mutua que las nacionalidades realizan entre sí, con la interdependencia esencial en que viven unas de otras, aun las naciones más remotas, la guerra ya no se puede aislar en los Estados entre quienes se abre el conflicto. Sus conmociones, sus estragos, sus miserias, repercuten a lo lejos, sobre el crédito, el comercio, la fortuna de los pueblos más distantes. Es menester, pues, que la neutralidad reciba una expresión, una naturaleza, un papel diverso de los de otrora. Su noción moderna no puede ya ser la antigua.

«Hasta dónde la concepción de la neutralidad» — pregunta un escritor norteamericano, «hasta dónde esa concepción estriba en el supuesto de que las naciones no participantes en una guerra nada tienen que ver en ella, ni están obligadas a cosa alguna para con los beligerantes y se pueden aislar de sus efectos? Esa concepción asienta sobre una serie de ficciones. Por la expansión de sus relaciones mutuas y con la aumentación de la recíproca dependencia entre ellas, las naciones constituyen de hecho una sociedad, y reconocidas las consecuencias que en ese hecho se envuelven, ya no es posible la neutralidad en un sentido real, en el caso de una gran guerra».

En las actuales condiciones del mundo, no hay medio, en efecto, para los neutrales, «de esquivarse a pagar duro tributo por guerras en que no tienen parte ni responsabilidad». Las operaciones militares, con el bloqueo, el ejercicio del derecho de visita, la represión del contrabando, sean cuales fueren las reservas y atenciones con que procedan los beligerantes, han de ofender y disgustar a los neutrales.

Por otro lado el comercio de armas y municiones bélicas, ejercido abiertamente por naciones neutrales, con una de las partes combatientes en detrimento de la otra, establece diferencias incontestables en la manera de tratar a los beligerantes. Teóricamente la ley es de igualdad. En la práctica la desigualdad es flagrante. Puede ocurrir, como ha ocurrido, que dadas las circunstancias de la lucha, ese concurso de la industria de los neutrales sea decisivo para la victoria de una de las partes, y de este modo, países por los cuales no se considera ni debe considerarse violada la neutralidad, contribuyen directamente para la superioridad militar de uno de los beligerantes en perjuicio del otro.

¿Se concluirá de aquí que deban reformarse las leyes de la neutralidad, para vedar el comercio particular de armas entre neutrales y beligerantes? No, porque para llegarnos ahí, a la igualdad real en la observancia de las leyes de la neutralidad, sería preciso cortar no solamente el comercio de artefactos militares sino todo el comercio entre beligerantes y neutrales. De otro modo, asegurado ese comercio a unos por el dominio de los mares y prohibido a otros por el bloqueo, el simple tráfico de provisiones que va a abastecer a uno de los beligerantes, no abasteciendo al otro, puede actuar decisivamente para el aniquilamiento de los bloqueados y el triunfo de los que mantienen el bloqueo. Pero llevada hasta el extremo de suspender enteramente el comercio con todas las naciones en guerra, para establecer entre todas un pie de igualdad absoluta, la neutralidad importaría la abolición del bloqueo,

lo que es absurdo, por cuanto sería desarmar a los combatientes, en la guerra naval, de sus superioridades naturales.

Toda la neutralidad encierra hoy en sí, por lo tanto, restricciones y diferencias que niegan la neutralidad.

Además, instituída la prohibición absoluta del comercio de armas, lo que se lograría sería únicamente asegurar a la paz armada, a las conspiraciones de la ambición militar, resultados aún más ciertos. Las naciones pacíficas serían así más fácilmente víctimas de su falta de ambición, de su buena fe, de su confianza en el honor de los tratados. No se podrían valer, contra la guerra inesperada y súbita, del recurso de acudir a los mercados productores de armamentos. Todas por lo tanto se verían obligadas a dar a su preparación militar, en la paz, las mayores proporciones posibles para precaverse contra las sorpresas de la guerra; con lo que la paz vendría a tornarse cada vez más e inevitablemente, un estado virtual de la guerra. No restaría, entonces, otra elección en la vida internacional, sino entre guerra y guerra: guerra preparada o guerra declarada; guerra inminente o guerra presente.

No es, pues, en esa dirección absurda que se han de alterar las reglas de la neutralidad; porque sería alterarlas en beneficio de la militarización del mundo. La reforma a que urge someternos, debe seguir la orientación opuesta: la orientación pacificadora de la justicia internacional. Entre los que destruyen la ley y los que la observan, no hay neutralidad admisible. Neutralidad no quiere decir impasibilidad: quiere decir imparcialidad y no hay imparcialidad entre el derecho y la injusticia. Cuando entre ella y él existen normas escritas, que los definen y diferencian, pugnar por la observancia de esas normas no es quebrar la neutralidad; es practicarla. Desde que la violencia pone arrogantemente bajo sus pies el código escrito, cruzarse de brazos es servirla. Los tribunales, la opinión pública, la conciencia, no son neutrales entre la ley y el crimen. En presencia de la insurrección armada contra el derecho positivo, la neutralidad no puede ser la abstención, no

puede ser la indiferencia, no puede ser la insensibilidad, no puede ser el silencio.

Si lo fuese, la obra de La Haya no sería solamente un capricho fútil: sería una celada atroz. Porque descansando en el supuesto valor de sus dictámenes como límites de la fuerza y garantías del derecho, los pueblos se entregarían a la expectativa del régimen jurídico allí cuidadosamente articulado, para despertar de repente bajo el tronar de los cañones que los harían pedazos.

Los Estados soberanos no se reunieron durante largos meses en la capital de Holanda para examinar didácticamente los problemas del derecho internacional y redactar en colaboración un manual teórico del derecho de gentes. La conferencia de la paz no fué una academia de sabios o un congreso de profesores y jurisconsultos, convocados para discutir métodos y doctrinas: fué la asamblea plenaria de las naciones donde se convirtieron los usos fluctuantes del derecho consuetudinario en textos formales de legislación escrita, bajo la fianza mutua de un contrato solemne. Desde entonces los gobiernos que lo firmaron, si no se constituyeron en tribunal de justicia para sujetar los transgresores a la acción coercitiva de sentencias ejecutorias, contrajeron, por lo menos, la obligación de protestar contra las transgresiones.

Es esa por tanto, una situación incuestionable que los Estados afirmaron por las convenciones de La Haya. Es ese un derecho que la neutralidad mediante ellas conquistó, y un deber a que por ellas se sometió: el derecho y el deber de constituir un tribunal de conciencia, una instancia de opinión, una jurisdicción moral sobre los Estados en guerra, para juzgar los actos y reprobar los excesos. La neutralidad inerte y sordomuda cedió el paso a la neutralidad vigilante y capaz de función judicial.

Renunciando a esas funciones tan benignas, tan saludables, tan conciliadoras, la neutralidad actual cometería el más lamentable de los errores: inmolaría al egoísmo de

una comodidad pasajera, de una tranquilidad momentánea y aparente, el futuro de toda la especie humana, los intereses permanentes de todos los Estados. Desautorizando la obra de las cortes de la civilización celebradas en La Haya, inutilizaría de esta vez para siempre todos los ulteriores intentos para organizar la legalidad internacional, y dejando triunfar, sin sanción alguna, todas las enormidades, todos los absurdos, todas las monstruosidades concebibles contra la ley consagrada, incurriría en una complicidad excepcionalmente grave, si no en una verdadera coautoría con los reos de esa anarquía estúpida en las relaciones entre los Estados.

* * *

La imparcialidad en la justicia, la solidaridad en el derecho, la comunión en el mantenimiento de las leyes escritas por la comunión: hé ahí la nueva neutralidad que, si deriva positivamente de las conferencias de La Haya, no fluye menos imperativamente de las condiciones sociales del mundo moderno. La neutralidad recibió una nueva misión y tiene ahora una definición nueva. No es la expresión glacial del egoísmo. Es la reivindicación moral de la ley escrita. ¿Será, pues, la neutralidad armada? No: debe ser la neutralidad organizada. Organizada no con la espada para usar de la fuerza, sino con la ley para imponer el derecho. El derecho no se impone solamente con el peso de los ejércitos. También se impone y mejor con la presión de los pueblos.

Indudablemente hay fuerzas capaces de organización mayores y más seguras en sus resultados que las fuerzas militares. Son las fuerzas económicas y las fuerzas sociales con las cuales las fuerzas de la fuerza no pueden luchar. Es lo que se siente en los propios actos de los beligerantes, en esa ansiedad con que todos procuran ganarse la opinión de los Estados Unidos y aun la de otras naciones americanas de mucho menos importancia militar que la gran república del norte.

¿Por qué todo ese empeño en conciliar la buena voluntad y las simpatías del nuevo mundo? ¿Simplemente por no herir sentimientos detrás de los cuales no se yergue la inminencia de la guerra? No, los Estados en guerra temen el mal juicio del universo, porque su reprobación podría traducirse en elementos de resistencia desastrosos para los propósitos que dieron margen a este conflicto: la expansión comercial y la infiltración económica, la conquista de los mercados y la inmigración ultramarina.

* * *

Cuando se pretende que la civilización reposa, en última instancia, en la fuerza, policial o militar, no se advierte que el ejército y la policía, eliminada la ley que los mantiene, no existirían, o serían ayuntamientos informes, anárquicos e ingobernables. ¿Quién sujeta las filas a la docilidad? ¿Quién adscribe la oficialidad a la jerarquía? ¿Quién asegura la obediencia de las masas armadas al mando supremo de un hombre? ¿Cuál es, en suma, el elemento compulsivo, según el cual se mueve el poder de las armas? La fe jurada, los textos escritos, la certidumbre de un régimen común a todos, el contrato de asociación, de organización, de sujeción, a que todos se sienten vinculados. Remuévase esta base, dice un americano «y no habrá diferencia entre los Estados Unidos y Haití». No es porque los norteamericanos sean más militares, por lo que se preservan de ciertos defectos de la civilización sudamericana. Es justamente por ser menos militares. Ya se dijo que la fuerza es quien reivindica los derechos de Bélgica. ¿Pero quién puso a la fuerza en movimiento? ¿Quién impulsó a Inglaterra a correr en socorro de los belgas? Un influjo del espíritu, una cosa moral, una idea: la tradición de la santidad de los tratados, la teoría de las obligaciones internacionales, el sentido de un contrato existente.

* * *

La noción de contractualidad, más o menos jurídica, más o menos moral, está en el fundamento de todas las sociedades humanas. Sin ella, ni aun en el crimen puede

haber asociación. Contestado siempre como inexecutable entre Estados soberanos, el principio de mutua dependencia social que los ligaba, sin embargo, va cada vez más demostrando su realidad y su desenvolvimiento. El comercio no es, como se cree irreflexivamente, un origen de rivalidades agresivas entre las naciones. La ley predominante en su existencia es, cada día más intensamente, la cooperación, cooperación que en las relaciones comerciales tiene el mayor de sus factores; y ese factor conduce sensiblemente el mundo hacia una sociedad internacional.

La guerra ha evidenciado que sea cual fuere el poder y la grandeza de un Estado, circunscripto él a sus propios recursos, no podrá mantener una posición de autoridad en el mundo, ni contar con su propia seguridad. Cada uno de los países aliados, entregado exclusivamente a sus fuerzas, estaría perdido. Ninguno de ellos resistiría a la portentosa concentración de energías organizadas que la Europa central había acumulado contra la Europa sajona, la Europa latina y la Europa eslava. La asociación de esos tres elementos europeos fué la salvación de cada uno de ellos y de todos, en el choque gigantesco que, hace ya dos años, conmueve al viejo continente. Tampoco, del otro lado, ninguna de las potencias del grupo austro-germánico, limitada a sus medios, arrostraría el conflicto, a despecho de las maravillas de organización militar acumuladas en casi medio siglo de absorción de toda la vitalidad nacional en la cultura de la guerra.

Esas ventajas amontonadas por los titanes de la fuerza durante 45 años de ininterrumpida preparación guerrera, no tomaban en cuenta un elemento moral con el que, en tales cálculos, no es costumbre contar: la opinión del mundo, esto es, la conciencia de la humanidad, que nunca, en toda la historia del hombre, se pronunció con tal grandeza, con tal intensidad, con tal soberanía.

La confianza absoluta en la victoria por la excelencia de los armamentos, por la incubación de la guerra en la

paz, no ha tenido el éxito esperado; y de enmedio de las batallas, de las entrañas del suelo arado por los cañones, de las estupendas matanzas, de los abismos de miseria y horrores, de llanto y de luto, de desolación y ruina, de torturas y gemidos, la mirada del creyente, del filósofo, del hombre de Estado, ve surgir una fuerza ignorada, el principio de un mundo nuevo, la regeneración de la tierra por la inteligencia del ideal cristiano.

La imagen de este ideal, aún mal definida, asume formas diversas, más o menos bellas, más o menos consoladoras, más o menos precisas, más o menos prácticas, según la luz en que los ojos de cada observador vislumbran el singular fenómeno. Para unos sería la unión de las naciones democratizadas, en el seno de una vasta federación, donde las soberanías convivan, renunciando únicamente a los elementos esenciales a la armonía internacional. Para otros es la constitución de ese tribunal de las potencias, que T. Roosevelt esboza hace dos años, con la base asentada sobre el compromiso común de sustentar ejecutivamente sus sentencias. Algunos aún preven la inauguración de un sistema en el cual los Estados soberanos se obliguen, por convenciones prácticamente garantizadas, a no entregar sus litigios de cualquier naturaleza a la decisión de las armas, antes de haberlos sometido al examen de una junta internacional. Otros, en fin, menos avanzados en la vía de las conjeturas, creen ver la barrera contra las inundaciones de la violencia militar en la oposición de los neutrales a la exorbitancia de los poderes beligerantes.

* * *

A ese desiderátum salvador y necesario, la liga de los preconceptos e intereses opone la exageración actual de las ideas de independencia y soberanía. Pero esas nociones, como la noción de neutralidad, tienen que pasar por la modificación irrecusable que el buen sentido les dicta. Los pueblos no son menos independientes,

ni los Estados menos soberanos, porque renuncien al derecho insensato de odiarse, de destruirse, de acometerse y devorarse, sometiendo sus litigios a una justicia constituida por su propia elección, del mismo modo que los individuos no son menos libres y «sui juris», por no reconocérseles el derecho bestial de agredirse y trucidarse, de entregarse al pillaje y al asesinato, sin responder a los tribunales establecidos por las leyes de cada nación. Al contrario: esas aparentes limitaciones de la libertad y de la soberanía, son las condiciones esenciales y las garantías impreteribles de la soberanía y de la libertad; porque sin ellas, la libertad se pierde en las convulsiones del desorden, y la soberanía se condena a los azares de la guerra.

* * *

Gran fortuna, señores, la que me proporcionasteis de hablar este lenguaje de paz y de justicia, en una de las más brillantes capitales del mundo, bajo el techo hospitalario de una congregación de sociólogos y juristas, a uno de los más cultos auditorios de este continente. Creo que reconoceréis conmigo que «todos estamos interesados», (las palabras son de un publicista norteamericano) «que todos estamos interesados», repito, «en los problemas de la reconstrucción subsecuente a la guerra, y debemos dedicar toda la influencia de que dispongamos (y es inmensa) a asegurar que esa reconstrucción observe el legítimo rumbo».

Parecerá, tal vez, exceso de optimismo discurrir sobre estas aspiraciones de reconstitución del mundo por las ideas generosas de vuelta al derecho y reconciliación con la moral cristiana, cuando la más febril actividad multiplica las fábricas de armas, el metal rutila en las forjas en láminas candentes o hierve en cataratas de acero en la fusión de los cañones, cuando todas las industrias son substituidas por la de los instrumentos de matanza, cuando la sangre chorrea, de las alas tenebrosas de la guerra sobre los continentes, desde el Báltico y el mar del Norte hasta el Mediterráneo y el mar Negro, desde

la Gran Bretaña y Bélgica hasta Grecia, la Palestina y el Egipto, desde las estepas moscovitas hasta las playas africanas, desde Francia hasta Persia, desde la península de los Balcanes hasta los desiertos de Arabia, desde el fondo de los océanos hasta el vértice de los Alpes, desde el mundo antiguo, donde la muerte extiende el sudario de sus batallas, hasta el nuevo, arrastrado a colaborar con sus oficinas y sus astilleros en la faena tremenda.

Pero es justamente del exceso del mal de donde me parece ver surgir la esperanza de remedio. Así como hay visitas de salud, que preceden a la última agonía, hay agonías que se resuelven en el regreso a la salud. La más terrible de las enfermedades morales sufrida en los últimos siglos por nuestra especie es la militarización del mundo civilizado, la hipertrofia de los armamentos. De esa dolencia mortal no era posible salir sino por una crisis casi mortal. Pero, felizmente, la conciencia cristiana no ha entrado en coma. Al contrario: las energías del bien van reanimándose, los síntomas de una gran reacción aumentan a ojos vistas, y del corazón de la humanidad, traspasado por las siete espadas del dolor, brotan la voluntad, la confianza, el alborozo del triunfo, con el sentimiento, el consuelo, la certidumbre de la regeneración. Los horizontes están aún singularmente sombríos. Formidables aglomeraciones caliginosas ocultan aún el cielo. Las centellas rayan la atmósfera baja y torva. Un ambiente pesado, electrizado, comprime e inquieta. Mas ya se sienten los primeros indicios del cansancio en la lucha de los elementos enfurecidos, y una corriente de aire rico y puro como los grandes soplos de estas llanuras comienza a descondensar las tinieblas, limpiando las regiones superiores del firmamento. Es el instinto de la conservación humana que despierta, el tino íntimo de las cosas que se insinúa en el ánimo de los pueblos y los restituye al sentido de la vida.

O poner freno a la guerra, o renunciar a la civilización. Es lo que casi todos sienten.

PÁGINAS DE LA OBRA

CUESTIONES DE INSTRUCCION PUBLICA

por Félix RESTREPO, S. J.

LA SEGUNDA ENSEÑANZA EN INGLATERRA Y LOS ESTADOS UNIDOS

INGLATERRA.—Presenta la enseñanza y en especial la segunda enseñanza en Inglaterra, un aspecto tan singular, que es imposible compararla a la de ningún otro país del viejo mundo.

La iniciativa privada, libre de la influencia y del auxilio del Estado; el respeto a las tradiciones; la libertad omnímoda para que cualquiera funde un Colegio o levante una cátedra; la libertad que tiene todo Establecimiento para seguir el plan de estudios que mejor le cuadre, son otros tantos rasgos característicos de la vida escolar inglesa, que explican bien su actividad por una parte y su falta de unidad por otra.

Nótase esta última no sólo en las profundas diferencias que hay entre las Escuelas de las diversas naciones: Inglaterra, Irlanda, Escocia y Gales, sino también en la diversidad y variedad que hay en los Establecimientos de una misma región.

Otros distintivos de la educación inglesa son el esmerado cultivo de la voluntad, la honradez y el carácter, el apego de los alumnos a sus respectivos colegios, la predilección por los internados, y el extraordinario desarrollo de los deportes.

Sólo en 1858 empezó el Estado a intervenir en la enseñanza elemental, hasta hacerla obligatoria en 1876, y fomentarla con fondos del Erario; pero tocante a la enseñanza secundaria, se ha contentado con mucho menos.

Es verdad que en 1861 dos Comisiones reales visitaron las Escuelas, de cuyas observaciones resultó que en 1868 se ordenaran varias reformas; pero éstas han quedado sin cumplimiento hasta la fecha.

En 1893, a instancias de la Universidad de Oxford se formó una nueva Comisión para examinar la segunda enseñanza. La Comisión juzgó que era indispensable organizarla oficialmente, pero se presen-

taron muchos inconvenientes, y sólo en 1899 se dió la ley *Board of Education Act*, con la cual se estableció al menos una autoridad central escolar en Inglaterra.

Entre los Establecimientos de segunda enseñanza se distinguen las Escuelas privadas (Private Schools), que corren por cuenta de un particular; las de asociaciones (Proprietary Schools), dirigidas por comunidades, y las fundaciones, entre las cuales sobresalen las Escuelas públicas (Public Schools), que son unas 60, y que fueron divididas por la Comisión de 1861-64 en Escuelas de primero, segundo y tercer orden.

Por lo general, duran los estudios secundarios seis años, pero hay entre éstos clases intermedias de que se aprovechan los alumnos atrasados, al paso que los más aventajados pueden abreviar el tiempo de los estudios.

Las materias que enseñan son: Latín, Griego, Francés, Alemán, Matemáticas, Ciencias Naturales, Historia y Geografía; pero es muy diversa la intensidad con que en distintas Escuelas se estudian estas materias.

Con excepción de Escocia, no dan los Colegios en Inglaterra título ninguno para entrar en facultades superiores. El que, concluida la segunda enseñanza, quiere ingresar en una Universidad, tiene que dar un examen previo.

Hay, sin embargo, algunos Colegios, reconocidos por la Universidad de Oxford o la de Cambridge, cuyos exámenes son presenciados por miembros de la Universidad, y se reconocen como válidos sin más revisión.

Los letrados ingleses se precian mucho de sus títulos, y junto a sus nombres se ven dondequiera las iniciales B. A. (Baccalaureus Artium), M. A. (Magister Artium). Ph. D. (Philosophy Doctor) D. D. (Divinity Doctor), etc.

Las personas empleadas en la enseñanza, hombres y mujeres, si tienen título académico, usan un traje profesional, que consiste en un vestido talar obscuro y fino y un bonete (cap and gown). También los estudiantes suelen usar uniforme semejante.

Generalmente se trata con blandura a los niños, pero no faltan los castigos, y es notable que los alumnos mayores ayudan a vigilar y tienen derecho de castigar a los inferiores. Aun en una misma clase, a los alumnos de más juicio se les forma el sentimiento de la responsabilidad, haciendo que tomen parte en la educación de los otros.

Hay en Inglaterra una singular especie de internados. Los alumnos asisten en el Colegio a las clases, y viven en una casa o pensión (pension house) bajo la vigilancia de un maestro.

En algunos lujosos colegios se publica un periódico escolar, que da cuenta de los actos del Colegio, y publica los ensayos de los alumnos en prosa y verso.

En las clases recae sobre los profesores la mayor parte del trabajo, y es muy poco lo que tienen que trabajar por cuenta propia los alumnos. En los colegios y pensiones hay repetidores (tutores) que prestan a los alumnos muy buenos servicios.

La educación en Inglaterra es muy cara, sobre todo en los grandes internados. La pensión anual cuesta de 98 a 250 £. En los externados la pensión anual es de 2 a 25 £. En Inglaterra no hay enseñanza secundaria gratuita.

El sueldo de los profesores varía mucho. En externados pequeños hay profesores que sólo ganan de 30 a 200 £ anuales, pero lo ordinario es de 250 a 400 £; en cambio en los grandes internados llegan a ganar los profesores 800, 1,000 y hasta 2,000 £ por año.

Los directores de los grandes Colegios deben ser, por antigua costumbre, eclesiásticos que se han graduado en Oxford o en Cambridge, y que más tarde suelen ser promovidos a algún Obispado.

Son tantos los que en Inglaterra se dedican a la enseñanza, que hay agencias de colocaciones que se encargan de buscarles oficio en Escuelas y Colegios. Pero la solidez de la enseñanza no corresponde a su difusión, exceptuando los grandes internados y otros Establecimientos donde se cultivan las humanidades con profundidad y esmero.

El defecto de Inglaterra en la instrucción es el contrario de Francia. En la república francesa, que proclama libertad, el Estado ha cohibido y agostado las iniciativas particulares. En el Reino Unido, por el contrario, no se ha preocupado el Estado por reglamentar la enseñanza, y ha dejado que broten toda clase de planteles de educación sin unidad ni concierto ninguno.

Sólo una idea sale clara de entre tan diversas manifestaciones en el campo de la segunda enseñanza; es ésta: LA ÚNICA FORMACIÓN ACREDITADA POR AHORA EN INGLATERRA, ES LA FORMACIÓN CLÁSICA, CON BASE DE LATÍN Y GRIEGO.

Abundan, eso sí, Establecimientos de enseñanza más práctica para los que no quieren seguir carrera. Por lo que toca a la enseñanza comercial e industrial, apenas en los últimos años se ha preocupado el Gobierno en fomentarla. La primera ley a este respecto se dió en 1891 (The technical Instruction Act); dicha ley autorizaba a los condados a poner un impuesto con el fin de fomentar la enseñanza técnica. Con este mismo fin se ha formado la *National association for the promotion of technical and secondary education*.

ESTADOS UNIDOS.—El desarrollo de los Estados Unidos en todos los órdenes de la vida social es un fenómeno excepcional en la historia: y uno de los terrenos donde más puede apreciarse es el de la educación.

Renunciando por ahora a hacer el análisis de este desarrollo, aunque pudiera ser muy instructivo, diré solamente, para no salir de mi plan, el estado en que hoy se encuentra la segunda enseñanza.

Debemos distinguir las Escuelas Superiores (high School), los Colegios (College), y las Escuelas Especiales.

Las Escuelas Superiores formaban antes una especie de tránsito entre la Escuela Elemental y el Colegio, pero actualmente se las considera como Establecimientos independientes y completos, que facilitan una formación bastante extensa y variada a los jóvenes que no piensan seguir una carrera.

Estas Escuelas que presuponen 8 años de Estudio en la Escuela Elemental, tienen a lo más 4 cursos, en los cuales se enseñan algunas de las materias siguientes: Francés, Alemán, Álgebra, Geometría, Trigonometría, Química, Física, Mecánica, Geografía, Historia, Instrucción Cívica, Cosmografía, Historia Natural, Agricultura, Latín, Griego, Retórica, Sicología, Dibujo, Estenografía y Escritura en Máquina.

En 1911 había en 12,213 Escuelas Superiores 1.115,326 alumnos entre niños y niñas. De estas Escuelas 10.234 eran oficiales (1) y 1,979 privadas, repartidas así entre las diversas confesiones religiosas:

	ESCUELAS	PROFESORES	ALUMNOS
Católicas.....	719	3708	35757
Baptistas	100	548	8743
Episcopales	79	713	5229
Metodistas	69	437	5751
Presbiterianas	63	318	3915
Luteranas	51	288	3483
Cuáqueras.....	44	285	2841
Metodistepiscopales	35	202	3292
Congregacionalistas	31	150	1869
De otras religiones.....	89	713	9514
Indiferentes	699	4711	50255

No todas las Escuelas de que vamos tratando tienen completos los cuatro cursos. De las católicas, por ejemplo, sólo 150 son completas. La enseñanza es práctica en casi todas, humanista en algunas. Así de las 719 Escuelas católicas, sólo 215 enseñan Latín.

Puede pues decirse, en general, que la Escuela Superior es una Escuela técnica. El Colegio en cambio es el Gimnasio de los Estados Unidos.

Los primeros Colegios se formaron por el modelo de los de Inglaterra, especialmente del «Emmanuel College» de la Universidad de

(1) En las Escuelas Oficiales había 433,053 niños, y 551,624 niñas. En ninguna Nación se atiende tanto como en los Estados Unidos a la instrucción de las niñas.

Cambridge, donde se formó John Harvard, el fundador de Harvard. Los estudios clásicos, considerados como la mejor preparación para estudios superiores, son el alma de estos Establecimientos; pero su radio de acción se extiende poco a poco, hasta que se transforman con frecuencia en Universidades. Casi todas las Universidades estadounidenses fueron en sus orígenes Colegios. Por otra parte hay Colegios que tienen el nombre de Universidad; otros que tienen alguna facultad universitaria, y las Universidades todas tienen una Sección preparatoria. Así que es muy difícil señalar el límite entre la Universidad y el Colegio.

En 1908 había 470 entre Universidades y Colegios, sin contar los que exclusivamente servían para señoritas. (1)

El Colegio, en su forma original, duraba 4 años sobre los 4 de la Escuela Superior, en las cuales se enseñaba Latín, Griego, Matemáticas y lenguas modernas, a lo que se agregó más tarde Ciencias Naturales y Literatura Inglesa.

Algunos Colegios, por ejemplo el de la Universidad de John Hopkins, han reducido a 3 años la enseñanza. Otros, como los de Harvard y Columbia, conservan los 4 años, pero en los 2 últimos enseñan alguna especialidad.

No en todas las Universidades se exige para la admisión el certificado de estudios de un Colegio; así que muchos jóvenes pasan de la Escuela Superior directamente a las facultades universitarias; en cambio, en algunas, por ejemplo la John Hopkins, no se admite ningún certificado, sino que a todos los pretendientes se exige examen y muy riguroso, de ingreso.

En los E. E. U. U. más que en ninguna otra parte, se sintió en el siglo pasado la necesidad de dar a los jóvenes una formación que los hiciera desde luego capaces de cooperar al desarrollo industrial, agrícola y mercantil de su país. Y sin embargo los pedagogos angloamericanos no postergaron la educación clásica, persuadidos de que es la única capaz de formar generaciones de robusta inteligencia y vigorosa energía como se necesitan para el crecimiento y progreso de un pueblo. Se contentaron, pues, con dar a la educación práctica un campo vasto de acción al lado de las humanidades.

Empero no todos los medios adoptados para armonizar las dos tendencias fueron felices. Eliot introdujo en Harvard un sistema muy seguido después en otros Colegios, llamado de elección. Consiste en que el discípulo al entrar al Colegio, escoja las materias que quiere estudiar. La mayor parte se iban a lo más fácil, y las materias más capaces de fecundar el entendimiento se quedaban arrinconadas, o por su dificultad, o porque no halagaban la curiosidad infantil.

Tratóse de obviar este inconveniente reduciendo las materias a

(1) En casi todas las Universidades, y en la mayor parte de los Colegios, exceptuando los católicos, se admiten señoritas. No me detengo a hacer ver los inconvenientes de esta práctica, que es no poco combatida entre los mismos angloamericanos.

ciertos grupos, entre los cuales escogiera el alumno; pero siempre será cierto que la niñez es la edad de la sensibilidad, y el niño por consiguiente sólo escogerá lo que le complace y no lo que le conviene. Los Colegios Católicos se han puesto a la cabeza de todos en los EE. UU. precisamente porque no admitieron el sistema de elección, y siguen formando a los alumnos en las más rudas, que son por eso mismo las más educadoras tareas.

Al que ha recibido toda la educación clásica se da en los EE. UU. el honroso nombre de *scholar*, que corresponde al título alemán *Gebildeter Mann* y pudiéramos traducir *hombre completamente formado*.

El *scholar* goza de gran reputación, fácilmente halla magníficas colocaciones, pues es fama que sirve para todo y de todo se entera prontamente. No es raro, pues, que aun hijos de familias pobres se esfuercen por coronar la formación clásica, trabajando a veces de noche para ganar el pan y asistiendo de día a las lecciones del Colegio.

Por lo dicho se ve que, a pesar de la diversidad de los Establecimientos, se distinguen en los EE. UU. dos corrientes generales en la segunda enseñanza.

Los que componen la gran masa del pueblo tienden a las aplicaciones prácticas; no se forman para la investigación, sino para la acción.

Bien quisieran la formación completa que da el sistema clásico, pero en vista de la enorme riqueza que está en la actualidad desarrollándose suelen decir:

«No tenemos tiempo, hay que explotar esto». Y se dan prisa a prepararse con una enseñanza fácil y rápida, y en pocos años se hacen aptos para trabajar con provecho.

De aquí la propagación extraordinaria de las Escuelas Prácticas Superiores; de aquí también la multitud de Escuelas Especiales de Agricultura, de Comercio, de Artes y Oficios, de Aplicaciones técnicas, etc., entre las cuales me contentaré con citar, aunque pertenece a la enseñanza superior, el Instituto Tecnológico de Massachussets (Massachussets Institute of Technology) de Boston, que cuenta más de 2,000 alumnos y los prepara para toda clase de ocupaciones industriales.

No son tantos los que van por la otra corriente, pero sí forman la parte más distinguida y selecta de la gran Federación americana: Juristas, Legisladores, Médicos, Ingenieros, Diplomáticos, Periodistas, Oradores, Literatos y cuantos quieren influir en la dirección y en los destinos del país buscan la seria formación humanista y encuentran en ella el medio mejor para dar singular brillo a su inteligencia y singular temple a su carácter.

Así la Gran República del Norte, lo mismo que las Naciones europeas, nos dicen elocuentemente, con la voz de la experiencia, que el pueblo que quiere crecer y progresar armónicamente no debe descuidar ni la educación práctica para los numerosos y enérgicos hijos del trabajo ni la formación clásica para la escogida clase dirigente.